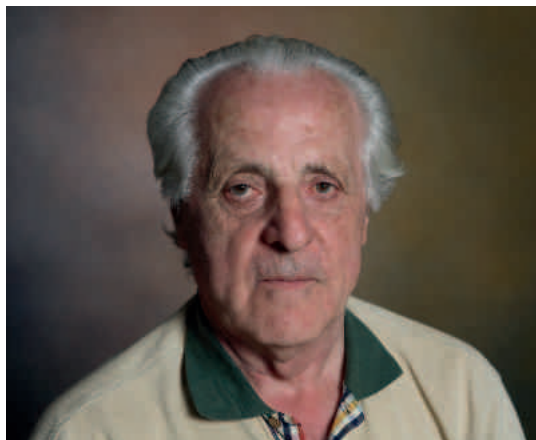


Manuel Franco Royo

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE

Manuel Franco Royo (Aguaviva, 17 de agosto de 1927) es probablemente la principal figura de la educación en Andorra en la segunda mitad del siglo XX, aunque esa época cuenta ahí con profesores y gestores muy destacados en ese sector. Persona muy respetada y querida por los varios miles de alumnos que han asistido a sus clases, se caracteriza por sus profundos conocimientos, que siempre explica con claridad, su gran amabilidad y su generosidad en numerosos campos de la vida docente, social y cultural.



Huérfano a los trece años al ser fusilado en 1941 su padre, veterinario, por haber pertenecido al partido republicano, vive con su madre en Teruel, donde, a la vez que trabaja, se gradúa en Magisterio con el mejor expediente de su promoción. Tras brillantes oposiciones ejerce como maestro en Los Olmos y Castellote, hasta que en 1955 es nombrado maestro del Patronato del Poblado Minero de Andorra, en el que prestaría sus servicios hasta su jubilación en 1992.

Ante la no existencia de estudios medios en la villa, organiza y da con un pequeño equipo clases preparatorias en el colegio privado Santo Tomás de Aquino, para alumnos que optan por examinarse por libre de bachillerato, y dirige el centro entre 1970 y 1976, fecha en la que desaparece, pues, para entonces, se ha logrado para Andorra –con su importante empeño– una «extensión» del Instituto de Enseñanza Media de Alcañiz. Ambas «empresas» lograron que un poblado básicamente minero contase con fácil acceso de los hijos de toda clase social a la enseñanza media o profesional y luego, en bastantes casos, a la superior.

Desde 1971 hasta 1983 dirige las escuelas de niños, del poblado minero, impulsando la creación de nuevas aulas y enseñanzas. En 1972 se inician las tareas que abocarán en la concentración de todos los servicios educativos de la empresa minera (cuatro centros, entre ellos dos de religiosos y religiosas) en el colegio Endesa, del que será director igualmente.

En 1976, en las primeras elecciones democráticas, es elegido representante del profesorado de Educación General Básica de Teruel por 451 de los 627 votos emitidos en la provincia (el 72% del total, frente a otros dos candidatos). Su promesa y meta, siempre mantenidas: «profesionalidad, independencia y apartidismo». Dos años después se constituiría el sindicato estatal FESPE (Federación de Sindicatos de Profesorado Estatal), con el que ha colaborado siempre, como secretario

general del sindicato en Aragón desde 1981. Cuando el nombre y la estructura de este sindicato independiente se configura como CSI-Aragón (Central Sindical Independiente-Aragón), en el congreso celebrado el 10 de marzo de 1990, es elegido presidente territorial del sector; y tras su jubilación, en 1993, es nombrado presidente territorial honorario de dicho sindicato. Vocal de la Asamblea General de MUFACE (Mutualidad General de Funcionarios Civiles del Estado), entre 1979 y 1983; presidente de la Asociación de Padres del Instituto Nacional de Bachillerato en 1981, sería desde 1982 su representante en el consejo de dirección.

Su labor ha sido reconocida, sobre todo, por sus ex alumnos, a veces tres generaciones sucesivas, y también por los padres de aquellos y las autoridades. Desde 1972, año en que se le concedió la cruz de Alfonso X el Sabio por sus «méritos docentes extraordinarios», hasta septiembre de 1996, en que el Ministerio de Educación y Cultura autorizó la denominación, propuesta por el Ayuntamiento y los padres de alumnos, del colegio público de Andorra como Manuel Franco Royo, en reconocimiento a toda una vida de entrega a la educación, se han sucedido diversas emotivas y sinceras manifestaciones de gratitud y afecto al gran maestro.

Profundamente católico, tiene una clara conciencia social, en la que la educación ocupa un lugar central como motor de la promoción de la persona (capital humano) y del desarrollo económico. Su afabilidad, su sentido del humor, su sencillez, su imparcialidad, le han ganado el cariño hasta de todos. Un capítulo muy especial en su vida fue su matrimonio hace ya medio siglo largo con otra ejemplar maestra, Josefina Clemente Sauras: sus nueve hijos (entre los que hay excelentes profesionales de las más variadas tareas) forman una gran familia a la que han sabido transmitir con su ejemplo su estilo de honradez, laboriosidad y entrega.

Alejandro Cañada

JORGE GAY

La fotografía que miro es del año 1932. En ella, bajo la suave penumbra de una luz cenital, un grupo de jóvenes apiñados arroja a un hombre casi anciano, sentado en el centro de la escena. Ese hombre de rasgos afilados es Cecilio Plá, por entonces catedrático en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid. Pintor, decían las crónicas, dotado de un elegante sentido decorativo, que siempre adornó de colores encendidos su paleta y cualquier empeño pictórico sabía resolverlo con destreza. Plá fue maestro, entre otros muchos, de Juan Gris y Pérez Mezquita, y hoy, rodeado de una cincuentena de alumnos, imparte su última lección; tal vez por eso todos le envuelven arracimados, como intentando recoger y absorber la penúltima savia posible.